

ATLAS DE LOS SUEÑOS OLÍMPICOS

TONI PADILLA

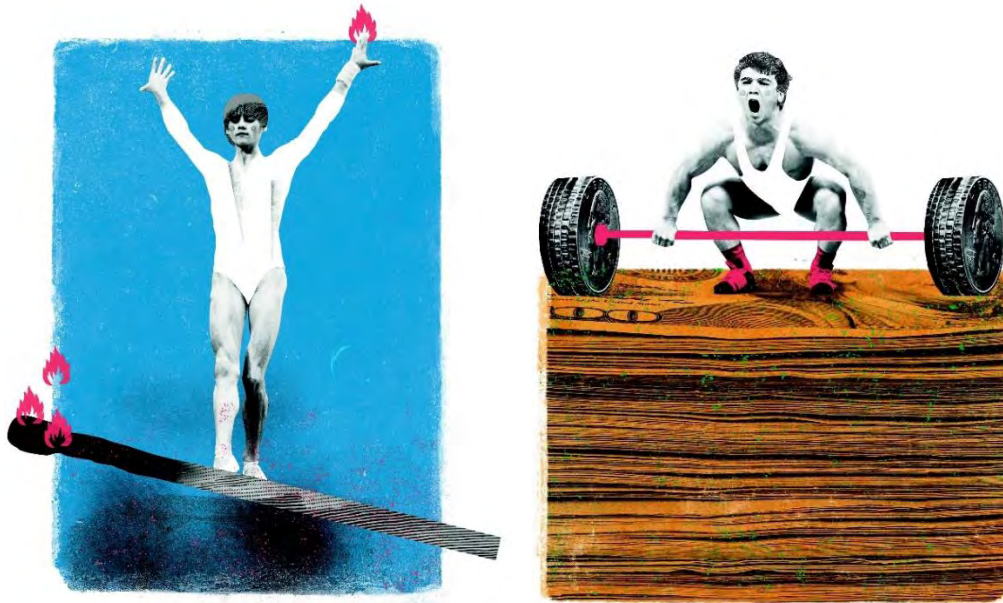
Ilustraciones de
SR. GARCÍA



geoPlaneta



A la venta desde el 21 de noviembre de 2017



ATLAS DE LOS SUEÑOS OLÍMPICOS

Toni Padilla

Ilustraciones de Sr. García

Un atlas que reúne 34 historias sorprendentes que aúnan deporte, olimpismo y la persecución de un sueño.

Los Juegos Olímpicos modernos son el mayor acontecimiento deportivo mundial, al que cada cuatro años acuden los mejores deportistas de todos los continentes bajo la bandera común del respeto, la amistad y la excelencia.

Atlas de los sueños olímpicos recoge las historias de 34 deportistas olímpicos de los cinco continentes. Todas ellas son relatos fascinantes que nos hacen viajar por grandes momentos del deporte a través de unas vidas extraordinarias. En este libro conviven miserias y grandezas, hazañas y mentiras... hay historias de amor y de búsqueda de libertad, lesiones funestas y transformaciones sorprendentes; hay traidores que se convierten en héroes y perdedores que, contra todo pronóstico, logran conquistar la gloria.

El Atlas de los sueños olímpicos es un libro para los amantes del deporte y de las buenas historias, y cómo no, también para aquellos que creen en la importancia de perseguir un sueño.

“Lo mejor que tienen los sueños es que se pueden hacer realidad”.

Barón Pierre de Coubertain, 1863-1937



Todos los deportistas del mundo tienen algo en común: el afán por conseguir un sueño. Los hay que practican deportes populares en los que el éxito llevará no solo fama, sino también mucho dinero; pero también los hay eligen deportes humildes y minoritarios, de los que nunca aparecen en las noticias. Los hay que cuentan con el apoyo de sus países, federaciones o grandes patrocinios, pero también hay deportistas olímpicos que viajan casi descalzos y que hacen sacrificios enormes para lograr llegar a la próxima olimpiada. La recompensa siempre es la misma: luchar por un sueño. Los hay que logran subir al podio de los ganadores, y también otros que se quedan en el “pelotón”, pero el periodista e historiador Toni Padilla los rescata por igual.

En este Atlas de los sueños olímpicos hay historias humanas de todo tipo, de hombres y mujeres, de jóvenes ambiciosos y de personas maduras que no renunciaron a su sueño. Hay historias de amor, de amistad y de compromiso político o social. Historias conocidas, como la de la rumana **Nadia Comaneci** o el atleta americano **Jesse Owens**, pero también otras que pasaron desapercibidas en la historia del olimpismo, como la del estudiante guineano **Eric Moussambani**, que aprendió a nadar para ser olímpico, y llegó a las olimpiadas sin bañador ni gafas ni gorro de competición.

Hay historias de amor, como la de la lanzadora de disco checa **Olga Fikotová** y el lanzador de martillo norteamericano **Harold Connolly**, que en plena Guerra Fría se enamoraron en los JJOO de Melbourne y se casaron pese a la oposición de sus países; o la del corredor británico **Derek Redmon**, con sus huesos de cristal, al que su padre, Jim Redmon, ayudó a cruzar la línea de meta.

Y hay también historias en las que el Olimpismo ha servido para derribar prejuicios, muros e injusticias sociales, como la de **Wojdan Ali Seraj Abdulrahim Shahrkhani**, en Londres 2012, la primera mujer saudita que participó en unos Juegos. Apenas combatió unos minutos sobre el tatami, pero fueron todo un golpe simbólico al muro que enclaustra las libertades de las mujeres en Arabia Saudita.

Este es un libro para los amantes del deporte y del olimpismo, pero también un libro de pequeñas biografías de personajes extraordinarios del que puede disfrutar cualquier buen lector, al margen de su interés por el deporte.

En este Atlas abundan las historias de perdedores o de atletas cuyas proezas residieron más en el trayecto que en la llegada al podio y eso es así porque en pocas actividades humanas se afirma con tanta certeza como en la olímpica que la felicidad se encuentra en el camino y no en la meta.



El reflejo de cómo somos

«Toni Padilla nos reconcilia con aquellas antiguas historias olímpicas, de cuando el mundo era tan complicado como el actual, pero aún se conservaba una cierta pureza en la mirada hacia el deporte y, por qué no decirlo, también una inocencia esperanzadora que se fue degradando con el transcurrir de los años.

Las cosas de hoy son bien distintas, aunque una de ellas permanece imperturbable: la capacidad de generar sueños que tienen los Juegos, incluso los que han de aplazarse por fuerza mayor. Miles de deportistas continúan moviéndose a diario gracias al deseo de participar en la próxima cita con los anillos olímpicos, sea cuando sea que vaya a tener lugar. Por experiencia puedo afirmar que todos ellos poseen solo una parcial conciencia de lo que significará esa participación, salvo aquellos que, por supuesto, ya acumulan experiencias anteriores. Los Juegos suponen un antes y un después en la vida de cualquier deportista, con independencia del resultado que obtenga en ellos.

No es tan importante ese rendimiento concreto como la aventura vivida. Y este *Atlas de los sueños olímpicos* nos habla precisamente de ello. En él abundan también las historias de perdedores o de atletas cuyas proezas residieron más en el trayecto que en la llegada al podio y eso es así porque en pocas actividades humanas se afirma con tanta certeza como en la olímpica que la felicidad se encuentra en el camino y no en la meta.

En estas páginas hay tramposos y miserables, pobres de solemnidad y heridos que conquistaron la gloria. Hay traiciones y mentiras, transfiguraciones inimaginables, heroínas y ancianos, racistas y enamorados, lesiones que marcaron una vida y perdedores que resurgieron de sus cenizas para alcanzar una revancha indómita.

La historia olímpica, decía Parienté, siempre recomienza, quizá porque es una historia estrechamente ligada al ser humano, a sus miserias y sus grandezas; quizá porque el espejo olímpico no es más que un reflejo de cómo somos.»

Martí Perarnau

(extraído de la Introducción al *Atlas de los Sueños Olímpicos*)

En estas páginas hay tramposos y miserables, pobres de solemnidad y heridos que conquistaron la gloria. Hay traiciones y mentiras, transfiguraciones inimaginables, heroínas y ancianos, racistas y enamorados, lesiones que marcaron una vida y perdedores que resurgieron de sus cenizas para alcanzar una revancha indómita



El padre y el hijo que cruzaron juntos la meta

Derek Redmond (Reino Unido)

Barcelona 1992

Por unos segundos, Derek Redmond pensó que alguien le había disparado desde la grada. Tras correr unos metros, descubrió que se había roto. En la recta de los 200 metros del Estadio Olímpico de Barcelona sus músculos isquiotibiales dijeron basta. Primero, escuchó un ruido; luego, sintió un dolor profundo. En el mejor momento de su carrera, una lesión acababa de nuevo con las ilusiones de un atleta que siempre había tenido músculos de cristal.

Redmond se sentía en plena forma cuando llegó a Barcelona. Las semanas anteriores había entrenado duro y había superado el temor a las lesiones. Tenía entonces 27 años, y había pasado ocho veces por el quirófano desde los 25. En ese tiempo había dejado escapar grandes oportunidades de conseguir medallas en campeonatos internacionales. Hijo de inmigrantes caribeños en Inglaterra, Redmond logró batir el récord británico de los 400 metros con 20 años, formando parte del equipo de relevos 4 x 400 que ganaría el oro en los Europeos de 1986. Cuando llegaron los Juegos de Seúl, en 1988, aspiraba a todo, pero se lesionó en el tendón de Aquiles. Fue la primera de una espiral de lesiones recurrente.

En 1991 empezó a ver la luz al final del túnel. El equipo de relevos británico sorprendió a todos al derrotar a los estadounidenses en la final de 4 x 400 de los Mundiales de Tokio. Redmond hizo una actuación memorable.



Al año siguiente, en Barcelona, marcó el mejor tiempo en las series de clasificación y llegó a las semifinales como el gran favorito; de nuevo se sentía un gigante... y entonces escuchó el chasquido en su pierna. Supo que todo había acabado, pero aún podía decidir cómo sería aquel final. Mientras los otros atletas ya cruzaban la meta, se levantó y, cojeando, enfiló de nuevo hacia la línea final haciendo caso omiso a jueces y personal médico que le pedían que se retirara. Cuando rebasó la última curva, alguien saltó a la pista tras burlar el control de seguridad y se acercó al atleta. “Derek, soy yo. No tienes por qué hacer esto”. Redmond reconoció aquella voz; era su padre, Jim. “No papá, debo acabar”, respondió, se apoyó en los hombros de su padre y rompió a llorar. Jim abrazó a su hijo y recorrió con él aquella recta interminable. Juntos cruzaron la meta.

Pese a que fue descalificado por recibir ayuda, Dereck Redmond consiguió en Barcelona la eternidad. Convertido en un ejemplo de superación, se retiró de la vida deportiva poco después. En el 2012 volvió a correr con su padre, como relevos en la antorcha olímpica de los Juegos de Londres.

La traidora que volvió para ser una heroína

Lang Ping (China)

Los Ángeles 1984

El 15 de agosto del año 2008, durante los Juegos Olímpicos de Pekín, Lang Ping atravesó la puerta del Estadio Cubierto de la Capital, el recinto donde el deporte chino había escrito algunas de sus páginas más gloriosas. Aquel era el lugar donde se habían jugado los famosos partidos de la diplomacia del *ping pong* entre jugadores chinos y estadounidenses, pero también donde Mao había dado discursos e incluso donde Lang Ping había sido idolatrada en el pasado. Sin embargo, aquel día, la gran leyenda del voleibol chino estaba allí como entrenadora de la selección de Estados Unidos.

Cuando China perdió por 2 a 3 ante los americanos en aquel partido presenciado en directo por los presidentes Hu Jintao y George W. Bush, muchos aficionados la insultaron y la llamaron traidora.

La trayectoria deportiva de Lang Ping había empezado a los 13 años, cuando fue seleccionada para entrenar junto a las futuras promesas del voleibol femenino chino. El país vivía años difíciles. Nacida en la vecina Tianjin, Ping llegó a Pekín en un momento en que la ciudad se recuperaba todavía de la Revolución Cultural comunista, que había provocado la represión y muerte de cientos de miles de personas. En aquel momento el gigante abría sus puertas al exterior poco a poco y, en 1984, China decidió regresar a los Juegos de verano en Los Ángeles. La China comunista solamente había participado en los Juegos una vez, en 1952, y en aquella ocasión, de una delegación de 40 deportistas, tan solo el nadador Wu Chuanyu llegó a tiempo para competir en Helsinki.

Después de aquellos Juegos, China abandonó la familia olímpica como protesta contra la decisión del COI de aceptar a la República de China, creada por los derrotados en la guerra civil en la isla de Taiwán. Más de tres décadas después, coincidiendo con el aperturismo del gobierno de Deng Xiaoping, el gigante asiático envió a Los Ángeles a una delegación preparada con esmero con la intención de volver a los Juegos por la puerta grande. Y así fue, ganaron 32 medallas.

El gimnasta Li Ning, con seis medallas, y el equipo de voleibol femenino eran la joya de la corona. Después de escoger a las mejores jugadoras, la selección china había jugado su primer partido oficial en 1978. Ya en su debut, se había colgado el bronce en los Juegos Asiáticos y había acabado sexta en el Mundial.

Tres años más tarde ganaron el primer título, la Copa del Mundo, tras derrotar a soviéticas, japonesas y norteamericanas, las grandes potencias del momento. En 1982, tras vencer a Perú, llegó la primera medalla de oro en el Mundial. Siempre con Lang Ping brillando en el ataque, con una potencia de remate que le valió un apodo que la acompañó toda la vida: "Martillo de Acero".





Acostumbradas a una disciplina cuasi militar en los entrenamientos, las chinas llegaron como favoritas a los Juegos de Los ángeles de 1984 y derrotaron a las anfitrionas por 3 a 0 en una final en la que Lang Ping logró el último punto. Frente a la Villa Olímpica se agrupaban manifestantes anticomunistas; dentro, los agentes de seguridad debían evitar desertiones, pero, tras la victoria, las jugadoras subieron al podio entre gritos de alegría.

Cuando en 1986 Lang Ping decidió retirarse, todavía en la cima de su carrera, las chinas eran las campeonas vigentes de los Juegos Olímpicos y de la Copa del Mundo y ella, la mujer más famosa del país: más de 25 instalaciones llevaban su nombre y cuando se casó con un jugador de balonmano, la boda se retransmitió por televisión. Después del oro de 1984, más de medio millón de niñas pidieron entrar en escuelas de voleibol deseosas de ser como ella, como el Martillo de Acero. Pero el Martillo no estaba dispuesto a trabajar con la

hoz comunista y Lang Ping rompió el corazón de millones de chinos cuando en 1986 anunció que se mudaba a Estados Unidos para estudiar gestión deportiva en la Universidad de Nuevo México. De repente, la deportista más famosa de China se convertía en una traidora.

Ping contaría más tarde que una de las razones de su decisión había sido la gran decepción sufrida por un caso de corrupción, pues el dinero destinado a un recinto deportivo en Hunan, que ella misma había promovido, acabó en los bolsillos de políticos locales. Decepcionada, buscó su propio camino y se convirtió en Jenny Ping al llegar a Estados Unidos, donde inició una carrera como entrenadora que la llevaría a brillar en equipos profesionales italianos y japoneses.

Sus excelentes resultados hicieron que desde Pekín le propusieran volver a casa para entrenar a la selección en los Juegos de 1996, en Atlanta, cita en la que consiguieron la plata. Sin embargo, la experiencia duró poco y Ping regresó a Estados Unidos, donde en el 2005 aceptó la oferta de entrenar a la selección norteamericana. En los Juegos de Pekín, Estados Unidos, que llevaba tres ediciones consecutivas sin conseguir medalla, se colgó la plata y derrotó en el camino a las chinas en el partido más complicado de la carrera de Ping. Fue insultada en las gradas y atacada por la prensa. “Me siento muy orgullosa de ser china. Y que Estados Unidos ofrezca su selección a una china debería ser motivo de orgullo para vosotros”, dijo a los periodistas.

La redención y el perdón no tardaron en llegar. En el 2013, Ping volvió a aceptar el cargo de seleccionadora femenina china con la condición de que las autoridades no interviniesen en su trabajo. Su reto era ganar el oro en los Juegos de Río de Janeiro del 2016. Las chinas se habían quedado sin medalla en la anterior edición, en Londres 2012, y vieron en el Martillo de Acero la solución. El reto era titánico, pues las campeonas vigentes, las brasileñas, jugaban en casa. Lang Ping impuso un estilo nuevo, más creativo y menos disciplinado. Incluso provocó un escándalo cuando llevó a las jugadoras a un templo budista para meditar. Finalmente, en Río, Lang Ping se convirtió en la primera persona en ganar un oro como jugadora de voleibol y otro como entrenadora. Ya con la presea al cuello, se acabaron los debates. La traidora volvía a ser la gran heroína.

SUMARIO

África

El increíble destino del saltador egipcio que conquistó Hollywood.

Farid Simaika (Egipto). Amsterdam 1928

Los pies descalzos que crearon un imperio

Abebe Bikila (Etiopía). Roma 1960

El ama de casa que ganó el oro para un país sin himno

Patricia McKillop (Zimbabue). Moscú 1980

La pionera que dio nombre a toda una generación

Nawal El Moutawakel (Marruecos). Los Ángeles 1984

El estudiante que aprendió a nadar para ser olímpico

Eric Moussambani (Guinea Ecuatorial). Sídney 2000

La refugiada que llegó a los Juegos

Yolande Bukasa Mabiika (república Democrática del Congo). Río de Janeiro 2016

América

Acabar una maratón corriendo con zapatos

Félix Carvajal (Cuba). Saint-Louis 1904

El vendedor de periódicos que saltó a las portadas

Carmelo Robledo (Argentina). Los Ángeles 1932

El triste final del americano que enfureció a Hitler

Jesse Owens (Estados Unidos). Berlín 1936

La espada más famosa de México

María del Pilar Roldán (México). México 1968

El tramposo más famoso de la historia olímpica

Ben Johnson (Canadá). Seúl 1988

Perder una medalla de oro, ganar la eternidad

Vanderlei de Lima (Brasil). Atenas 2004

El bromista que salvó el atletismo

Usain Bolt (Jamaica). Londres 2012

Asia

El deportista que murió luchando

Yossef Romano (Israel).. Múnich 1972)

El gimnasta que ganó el oro con una pierna rota

Shun Fujimoto (Japón). Montreal 1976

La traidora que volvió para ser una heroína

Lang Ping (China). Los Ángeles 1984

La medalla de oro que costó un millón de dólares

Naim Süleymanoglu (Turquía). Seúl 1988

Del campo de refugiados al podio en cuatro años

Rohullah Nippai (Afganistán). Pekín 2008

La saudita que derribó un muro en el tatami

Wojdan Ali Seraj Abdulrahim Shahrkhani (Arabia Saudita). Londres 2012

Europa

El aguador que salvó el orgullo de un país

Spiridon Louis (Grecia). Atenas 1896

La primera campeona olímpica de la historia

Hélène de Pourtalès (Suiza). París 1900

Un campeón sin medalla

Dorando Pietri (Italia). Londres 1908

El anciano que disparaba a ciervos de madera

Oscar Swahn (Suecia). Amberes 1920



Ilona Elek-Schacherer (Hungría). Londres 1948

Del campo de exterminio a la gloria olímpica

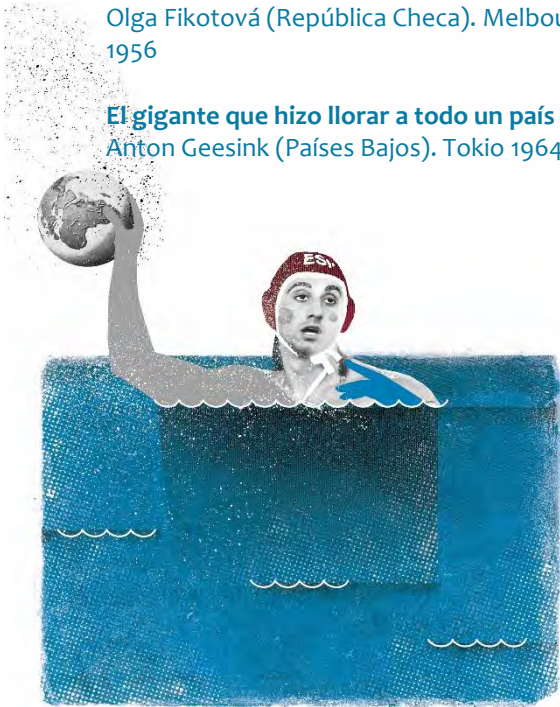
Viktor Chukarin (Ucrania). Helsinki 1952

Amor contra la Guerra Fría

Olga Fikotová (República Checa). Melbourne 1956

El gigante que hizo llorar a todo un país

Anton Geesink (Países Bajos). Tokio 1964



El infierno tras la perfección

Nadia Comaneci (Rumanía). Montreal 1976

El padre y el hijo que cruzaron juntos la meta

Derek Redmond (Reino Unido). Barcelona 1992

El capitán de una selección que jamás dejó de creer en sí misma

Manel Estiarte (España). Atlanta 1996

El gigante siberiano que hacía volar a sus rivales

Aleksandr Karelin (Rusia). Sídney 2000

Oceanía

Las indómitas australianas que se ganaron el derecho a ser olímpicas

Fanny Durack y Mina Wyle (Australia). Estocolmo 1912

Carros de fuego, una fe inquebrantable

Arthur Porritt (Nueva Zelanda). París 1924

El mormón que pidió permiso para boxear

Paea Wolfgramm (Tonga). Atlanta 1996

LOS AUTORES

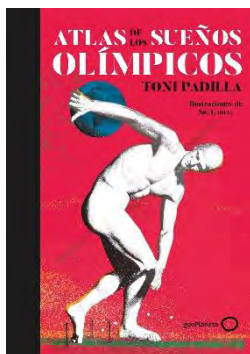
TONI PADILLA

Periodista e historiador, Toni Padilla Montoliu nació en Sabadell en 1977. Actualmente dirige la sección de deportes del periódico ARA, participa en programas y retransmisiones de diferentes televisiones y colabora en medios de comunicación como Gol, Movistar, RAC-1, Catalunya Radio o el canal internacional de la Liga española de fútbol. Es también uno de los fundadores de la revista Panenka, de cuyo consejo editorial forma parte, y del proyecto Marcadorint.com. Es profesor del Máster de Periodismo Deportivo de la Blanquerna-Universitat Ramon Llull. Ha publicado Atlas de una pasión esférica en geoPlaneta.



SR. GARCÍA

Una vez dijeron de él que era un cruce entre la decapitadora reina de corazones y el Dr. Frankenstein. García es el pseudónimo de un ilustrador, diseñador y observador. Trabaja como ilustrador editorial para diferentes publicaciones como Corriere della Sera, Sur, El Correo, El País, Panenka, Port, Provincias o Wired Ha editado varios libros y su trabajo más personal ha sido expuesto de manera individual y colectiva en diferentes lugares como Madrid, Milán, Berlín y Nueva York.



ATLAS DE LOS SUEÑOS OLÍMPICOS

Toni Padilla. Ilustraciones de Sr. García

GeoPlaneta

18,5 x 26 cm. 144 pp.

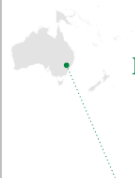
PVP: 23,95 €

A la venta desde el 29 de noviembre 2020

Para más información a prensa: Lola Escudero - Directora de Comunicación GeoPlaneta

Tel: 91 423 37 11 - 619 21 2722 - lescudero@planeta.es

EL LIBRO POR DENTRO



LAS INDÓMITAS AUSTRALIANAS QUE SE GANARON EL DERECHO A SER OLÍMPICAS

FANNY DURACK Y MINA WYLE (AUSTRALIA)
Estocolmo 1912

EN ENERO DE 1916 miles de soldados australianos desembarcaron en Francia. Medio planeta enviaba a sus jóvenes a morir en las trincheras de la I Guerra Mundial, una contienda que haría que se suspendieran unos Juegos modernos por primera vez. Berlín no sería olímpico aquel año. Dos divisiones de soldados australianos fueron enviadas a la región del Somme, donde la ciudad de Albert los esperaba en ruinas. En el centro de la población se alzaba el esqueleto de la basílica de Notre-Dame de Brebères coronado por una enorme estatua de la Virgen con el Niño. Un año antes, en 1915, las bombas alemanas habían dañado seriamente la iglesia y la estatua había quedado colgando horizontalmente

en un extraño escorzo, como si fuera a desplomarse de un momento a otro. Surgió entonces la leyenda de que la guerra finalizaría el día que la Virgen se desplomase, pero lo cierto es que siguió allí hasta que un bombardeo acabó con la torre en 1918.

Los soldados australianos, con su peculiar sentido del humor, bautizaron aquella Virgen con el nombre de Fanny, y antes de partir al frente le escribían poemas y le cantaban canciones. Cuando los británicos preguntaron por la razón de aquel nombre, la respuesta fue que la Virgen parecía a punto de zambullirse en una piscina, así que la habían bautizado con ese nombre en honor a Fanny Durack, la australiana que, en 1912, se había



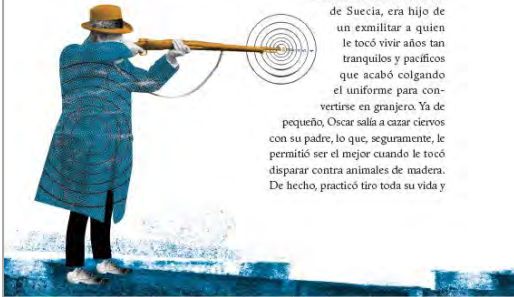
EL ANCIANO QUE DISPARABA A CIERVOS DE MADERA

OSCAR SWAHN (SUECIA)
Amberes 1920

LA MAYOR PARTE de los clientes que saludaban al recepcionista de la Agencia de Telegramas de Estocolmo, un anciano de larga barba blanca, ignoraban que era un medallista olímpico. En 1920, Oscar Swahn se

convirtió en el deportista más veterano en ganar una medalla olímpica, con 72 años y 279 días, en la final por equipos de tiro al ciervo. Aquella era su original especialidad: disparar contra animales de madera.

Nacido en 1847 en el sur de Suecia, era hijo de un exmilitar a quien le tocó vivir años tan tranquilos y pacíficos que acabó colgando el uniforme para convertirse en granjero. Ya de pequeño, Oscar salía a cazar ciervos con su padre, lo que, seguramente, le permitió ser el mejor cuando le tocó disparar contra animales de madera. De hecho, practicó tiro toda su vida y



ya había ganado concursos cuando los Juegos Olímpicos ni siquiera existían. Todo cambió en 1906, al ser elegido para formar parte del equipo de tiro sueco en los Juegos de 1908. Con 60 años logró ganar la medalla de oro en la final de tiro al ciervo, en la que derrotó al británico Ted Ranken, quien le describió como un señor vestido como si estuviera camino de la iglesia un domingo. Ranken, un militar escocés, se vengó un día más tarde, cuando relegó a Swahn a la segunda posición en la prueba de doble tiro, que se practicaba a una distancia de 100 metros, pero disparando dos veces a un mismo ciervo que era movido mediante cuerdas y railes por unos voluntarios. No obstante, Swahn ganaría su segundo oro aquel mismo día, en la prueba por equipos, en la que participó acompañado de su hijo Alfred. Este llegaría a ganar nueve medallas olímpicas a lo largo de su carrera. Por lo que parece, disparar era un asunto familiar para los Swahn. Suecia era, de hecho, una potencia en la

materia. En 1912, en los Juegos de Estocolmo, la delegación nacional ganó 17 medallas en las pruebas de tiro. Los Swahn, padre e hijo, formaron parte del equipo que derrotó a los norteamericanos en la final por equipos de tiro al ciervo ante el rey Gustavo V. Con 64 años y 257 días, Oscar se convirtió en el campeón olímpico más veterano de la historia, superando el récord del tirador británico Joshua Millner, que había ganado una prueba con 61 años.

Por desgracia, otros disparos más trágicos comenzaron a oírse en Europa. En 1914 estalló la I Guerra Mundial y los Juegos de Berlín de 1916 no llegaron a celebrarse. Oscar Swahn pensó que su carrera olímpica había terminado, pero no fue así. Con 72 años y 279 días logró ganar la plata por equipos en los Juegos de 1920, celebrados en Amberes. Swahn todavía conseguiría clasificarse, con 76 años, para los Juegos de París de 1924, aunque una enfermedad le impidió viajar. Falleció en 1927, a los 79 años. ■



EL TRISTE FINAL DEL AMERICANO QUE ENFURECIÓ A HITLER

JESSE OWENS (ESTADOS UNIDOS)
Berlín 1936

JESSE OWENS SIEMPRE LLEVABA una pequeña pala. La usaba para hacer agujeros en las pistas en las que corría, ya que entonces no existían los bloques de salida y los atletas hacían unos pequeños hoyos en el suelo para acomodar los pies e impulsarse mejor. Aquel 26 de diciembre de 1936 Owens cavó dos pequeños orificios en aquella pista pesada, húmeda, en La Habana. No le gustaba. Había aprendido a reconocer la tierra en la que corría. La tocaba con las manos, la pisaba y sabía rápidamente si la pista sería rápida o lenta. Y cuando lo hacía, recordaba a su padre, un campesino de Alabama que también palpaba la tierra antes de sembrar. Aquel día Owens estaba de mal humor. Se veía forzado a pasar las

Navidades fuera de casa, hacía calor y la pista no era buena, pero había firmado un contrato para participar en aquella carrera y necesitaba el dinero, así que se puso en posición, esperó el pistoletazo y salió como una bala. Owens llegó por delante de su rival, *Julius Meiwes*... acababa de derrotar a un caballo.

Medio año después de haber logrado cuatro medallas de oro en los Juegos de Berlín, Jesse Owens vio cómo le daban la espalda en casa. No fue invitado a la recepción en la Casa Blanca, pues Franklin D. Roosevelt solo convocó a los deportistas blancos y, cuando el alcalde de Nueva York hizo una gala en el Waldorf Astoria en honor de los medallistas olímpicos,

